

EL REQUIEM
DE
MOZART
POEMA
POR

Enrique Gallegos Naranjo.



GUAYAQUIL

—1895—

IMP. DE "EL IRIS" —FRANCO N. 23—

Señor Don José Salcedo D.

Ciudad.

Estimado amigo:

Corto es el tiempo que hace me favorece Ud. con su fina amistad, y sin embargo, me parece que somos antiguos conocidos, á pesar de que nuestras múltiples atenciones no nos permiten vernos con frecuencia

Es Ud. un excelente amigo.

*Su modestia y carácter benévolo y franco, me impulsan á dedicarle mi sencillo Poema titulado: **El Requiem de Mozart**, que verá Ud. en las páginas siguientes.*

Sírvase aceptarlo, como público testimonio del afecto que profesa á Ud. su decidido amigo y servidor,

Enrique Gallegos Naranjo

Guayaquil, Noviembre 2 de 1895

El Requiem

DE MOZART

C a n t o I.

El Numen.

Con la mirada fija en blanca nube
que más parece albor á la distancia,
absorto en pensamientos de querube

se halla Mozart en silenciosa estancia;
parece al verlo, en éxtasis divino,
que oyendo está la excelsa resonancia

de un coro celestial, ó el dulce trino
del cantor de las selvas, que se agita
cuando pasa el lucero vespertino

girando por la bóveda infinita;
mientras murmura límpido arroyuelo
buscando el lago azul, adonde cita

se dan las auras para alzar su vuelo;
ó de impetuoso mar el viento airado
que sólo puede dominar el Cielo

ó tal vez, percibiendo contristado,
hondo lamento de infeliz que llora
en obscura prisión desesperado,

al sentir la cadena abrumadora
y sin otra esperanza que la muerte,
que á veces llega tarde al que la implora

Mas la nube se acerca de tal suerte,
que Mozart despertando cual de un sueño,
débil acento que le llama advierte

Y al volver de sí mismo á ser ya dueño,
—¿quién llama? respondió, con voz tan suave,
en consonancia con su afable ceño

y la ternura que en su pecho cabe;
y al abrirse la puerta del santuario,
quien penetrara allí, sólo Dios sabe!

Era un desconocido, extraordinario,
de cabellera blanca como armiño,
que le daba un aspecto legendario;

sus frases eran claras, sin aliño,
y expresaba al hablar, sus pensamientos,
con la sencilla claridad de un niño.

—Solicito de vos, cortos momentos,
enviado por un alto personaje,
que eternizar anhela los acentos

que escucháis del mar en el oleaje,
en las brisas nocturnas y el gemido
de errante ruiseñor entre el ramaje,

y cuanto grande y tierno hayáis sentido;
pues quiere perpetuar dulce memoria
de un sér que intensamente hubo querido,

y al morir lo citó para la gloria
y os ruega componer *Requiem* sublime,
que en notas de oro grabará la Historia

para endulzar las penas del que gime,
mientras dura esta vida pasajera
en que el Dolor Supremo nos redime. . . .

Mozart se impresionó de tal manera
al escuchar las frases del anciano
en el solemne encargo que le hiciera,

que prometió cumplirlo de antemano:
—Pero, ¿qué personaje á mí os envía?
Y respondió en acento sobrehumano:

—Desea quedar anónimo y sería
no cumplir la misión encomendada
á mi estricta reserva ó hidalguía.

Y continuó con voz más acentuada:
—Poned de vuestro ingenio los raudales,
de modo que esa música sagrada

resuene entre los cantos celestiales;
pues habeis de saber que el que interesa,
es portento en materias musicales. . . .

—Tanto mejor— alzando la cabeza,
le repuso Mozart, y el extranjero
prosiguió dando término á su empresa:

--Y, en cuánto tiempo acabareis enterc,
el *Requiem* que nos tiene preocupados?
—Un mes— poniendo singular esmero. . . .

—Y, cuál es vuestro precio?— Cien ducados
Y dejando bolsillo primoroso
en la mesa do estaban apoyados,

del maestro despidióse presuroso,
ofreciendo volver al mes siguiente
por su *Oficio Divino*; y magestuoso,

con aspecto sereno é imponente,
salió de aquella estancia el personaje,
que atónita miró curiosa gente
desparecer veloz en su carruaje. . . .!

C a n t o II

El Requiem. †

Mozart permaneció breves momentos
después de la entrevista misteriosa,
entregado á inefables pensamientos;

y en su pecho al sentir la Fe grandiosa
que aviva en los que sufren, la esperanza,
con indecible afán, llamó á su esposa,

su adorable, dulcísima Constanza;
y la informó del serio compromiso
de componer un *Requiem*, sin tardanza,

para entregarlo dentro un mes preciso
al extranjero aquél, de gracia suma,
que á inspirarlo llegó del Paraíso.



En seguida, papel y tinta y pluma
pidióle á su abnegada compañera,
que de su mente aleja toda bruma;

y se puso á escribir, cual si estuviera
poseído del vértigo bendito
que torna en realidad vaga quimera. . . .

y cada signo en el papel escrito,
es lágrima que en nota convertida
á resonar irá en el Infinito. . . .

como los tiernos salmos de la vida
ó de su alma que espera silenciosa,
en busca de otro espacio en su partida. . . .

A despecho de ruegos de su esposa,
trabaja sin descanso lo ofrecido!
Lo preocupa el secreto de la fosa,

sintiéndose á la vez desfallecido
Y el término del plazo prefijado
ya se acerca y vendrá el desconocido

que juzgará su *Requiem* terminado.
Mas es fuerza que tome algún reposo,
su espíritu invencible, fatigado.

En vano su Constarza, el alborozo
trata de levantar en aquel pecho,
santuario de lo noble y generoso;

y del amado esposo junto al lecho,
alegre giro le cantaba, amante,
del *Requiem*, á propósito ya hecho.

Pero él le replicaba delirante:
—Lo cierto es que compongo muy ufano
mi propio *Requiem*, que será gigante.

monumento á mi gloria, sobrehumano.
Y al continuar en su obra con presteza,
abandonaba el lecho muy temprano

para ocuparlo tarde, con tristeza;
y el trabajo avanzaba lentamente,
aunque ya era portento de grandeza!

Allí se agitan en afán creciente,
los anhelos del alma sin ventura,
que la dichosa Eternidad presiente;

con notas que se elevan á la altura,
después de resonar en el abismo,
llevando ecos del *Valle de amargura*,

donde se escuda el hombre de sí mismo. . . .
Allí se siente el inefable gozo
que al corazón inspira el heroísmo

y cuanto hay de sublime y de grandioso
en la mente del Genio contristado,
que no tiene un instante de reposo



Y en arpegios solemnes, se oye airado,
rugir el mar en la desierta orilla,
mientras huye entre sombras, apagado,

vespertino lucero que no brilla....
En tanto que del bosque en la espesura
temblorosa se oculta la avecilla,

de la Aurora esperando la luz pura,
para elevar feliz su cantinela
en melódico acento de dulzura....

Allí se expande la oración que vuela
del agitado pecho del creyente
que sólo á Dios su corazón revela....

y se oye entre rumores de Occidente
y horizontes de luz, desvanecidos
por los rosados tintes del Oriente,

á impresiones de virgen parecidos,
el canto del crepúsculo á las flores,
que repiten las aves en sus nidos...

Allí están la ternura, los dolores,
las ansias del espíritu, los años
de imposible esperanza á los rigores;

lo innoble con sus pérfidos amaños;
la dulce paz del corazón tranquilo
que no pueden turbar los desengaños....

Allí de la esperanza en el sigilo,
se escucha la oración de los mortales
que vuela pura al suspirado asilo....

Mas llaman á su puerta.... Los raudales
de la gentil inspiración cesaron,
al pisar de su estudio los umbrales

el mismo personaje que anunciaron
al comenzar el mes de plazo fijo
en que el divino *Requiem* contrataron....

Pero Mózar^t, adelantóse y dijo:
—No me ha sido posible complaceros
y siento que al decíroslo me aflijo....

Aún trabajo en la obra días enteros
y largas noches de letal vigilia,
bajo triste impresión de mis agüeros

que trato de ocultar á mi familia. . . .
—No importa— replicó el desconocido—
Vuestro gigante Numen os auxilia .

y estoy dispuesto, el plazo convenido,
á prolongar, si lo reclama la obra,
—¿En qué tiempo estará todo concluído. . . ?

—Pido un mes más. Mi espíritu recobra
al volveros á ver, completa calma,
y para vos la voluntad me sobra. . . .

Bien sé que es de los Mártires la palma
y pudiera confiaros que lo escribo
con lágrimas secretas de mi alma,

que consume voraz un fuego activo. . . .
—En este caso es justo que algo agregue
al precio estipulado, en tono vivo,

repuso el extranjero, y que os lo ruegue
permitidme en el punto de que trato,
pues me ha recomendado nada os niegue

Aquel que me somete á su mandato....
Y continuó diciendo: he aquí cincuenta
ducados más.... y de especial brocato,

finísimo bolsillo le presenta;
en tanto que Mozart, enternecido
y con asombro que á la vez aumenta:

—Pero, ¿quién sois? le interrogó aturdido,

—Nada tiene que ver, replicó al punto,
mi nombre con lo que hemos convenido,

ni con el fondo y forma del asunto.
Volveré dentro un mes á deleitarme
del *Requiem* al bellísimo conjunto;

y al que ha sabido la misión confiarme,
le entregaré vuestra obra terminada,
que podrá como á vos eternizarme....

Y salió de la estancia iluminada!
Llevando erguida la rugosa frente,
y el alma hácia la Gloria encaminada!

Al instante Mozart, llamó á un sirviente
y le dijo: seguid al extranjero,
quiero saber dó va, precisamente. . . .

Mas volvió el servidor por el sendero
que hubo seguido, sin tomar un dato,
del incógnito y grave caballero

que creyó perseguir un breve rato. . . .
y díjole á Mozart: Señor, sus huellas,
sólo puede encontrar vuestro arrebató,
porque lo vi elevarse á las estrellas. . . .!

C a n t o III

Mozart.

¶ Pasada la emoción, quedó el maestro
por un instante pensativo y triste,
ante confuso porvenir siniestro

que invade con sus sombras cuanto existe...
Delante de su esposa y de sus hijos,
de extraño esfuerzo su ánimo reviste....

Y mientras ellos cuílanle prolijos,
con íntima ansiedad miraba atento,
el vasto Espacio con los ojos fijos...

Preocupábale sólo un pensamiento:
aquel desconocido, impenetrable,
que absorviera su espíritu un momento,

no era un simple mortal, sino admirable
mensajero de un mundo misterioso,
que le anunciaba el fin inevitable....

Al volver á sentir algún reposo,
el pesar de morir fué mas amargo,
pensando en su familia y el dichoso

porvenir que esperaba en el encargo
de su famoso *Requiem*, cuando artera
le aguardaba la Muerte en su letargo!....

Y mientras más enfermo se sintiera,
su espíritu fogoso alimentaba
en su pecho esperanza lisonjera,

consagrándose al *Requiem*, que juzgaba
testamento grandioso de su vida,
que en el Mundo su nombre eternizaba....

Sus amigos, con voz enternecida,
cantábanle en el piano, con dulzura,
las partes de su *Requiem*, á medida

que en su lecho mortuorio, con ternura
componía...., mas llega el "Lacrymosa"
y al tratar de seguir la partitura,

se anudó en su garganta voz llorosa;
pues siente que su fin está cercano
y lo espera implacable la ancha fosa. . . .

De pronto enmudeció el sonoro piano;
se llamó á un sacerdote á consolarle;
y á verle por la noche fué temprano

un miembro de familia, y al hablarle,
explicóle Mozart, cómo debía
después de que él muriese, terminarle.

Y comenzó del Genio la agonía!
Al médico llamóse sin tardanza;
y esa ardiente cabeza que aun seguía

trabajando en su *Requiem* de alabanza,
poco á poco iba helándose, y apenas,
con apagada voz, nombró á Constanza.

Elevándose su alma á las serenas
infinitas regiones celestiales,
de indulgencia, de luz y piedad llenas. . .

y al celebrarle humildes funerales,
un *Requiem* más solemne y armonioso,
hasta entonces no oyeron los mortales;

pues cuando él, en su estudio, silencioso,
de su *Oficio Divino* tuvo idea,
inspirado de impulso misterioso

que en la mente del Genio se recrea,
presintió que su muerte se acercaba,
y de su fe lo iluminó la tea.

Cuando el segundo plazo terminaba
y á su turno volvió el desconocido,
ya Mozart, en la fosa descansaba.

Mas, oh! desgracia, acaso por descuido
ó porque así lo decretó la suerte,
no parecen sus restos. . . se han perdido. . .!

Y su patria penoso llanto vierte
por ese hijo feliz, raro portento
y genio musical de ánima fuerte. . .

Austria, al erigirle un monumento
honrando su memoria, inmortaliza
á Salzburg en que fué su nacimiento;

mientras la Fama en alas de la brisa,
su nombre canta en música sonora
y sus obras la Historia diviniza. . . .

Mas el Tiempo que todo lo devora,
es amigo del Numen generoso
que previno á Mozart su postrer hora,

y le inspiró ese *Requiem* portentoso
que debe resonar sobre la Tierra
cual arrullo de plácido reposo. . . .

Y en los secretos que la vida encierra.
sólo Dios sabe donde yace inerte. . . .
porque la llave que su tumba cierra,
devolverla podrá tal vez la Muerte!

ENRIQUE GALLEGOS NARANJO.

